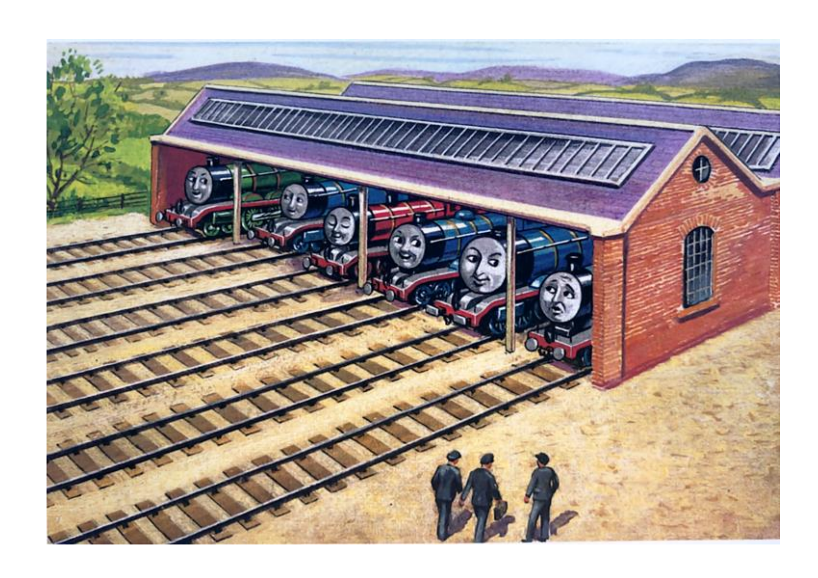
LA SERIE DEL FERROCARRIL NO. 1

LAS TRES LOCOMOTORAS DEL FERROCARRIL

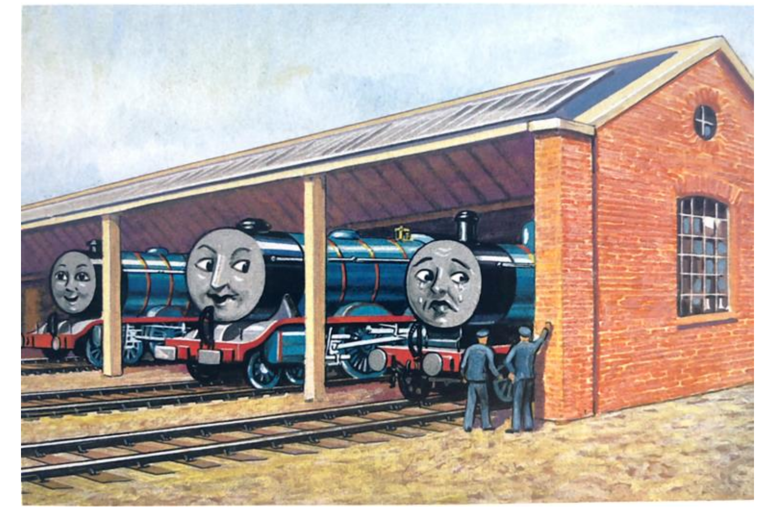


EL REV. W. AWDRY
con ilustraciones de
C. REGINALD DALBY

EL DÍA LIBRE DE EDWARD



HABÍA una vez una pequeña locomotora llamada Edward. Él vivía en un cobertizo con otras cinco locomotoras. Todas eran más grandes que Edward y se jactaban de ello. “El maquinista no te volverá a elegir” decían. “El quiere locomotoras grandes y fuertes como nosotros.” Edward no había salido en mucho tiempo; comenzó a sentirse triste.

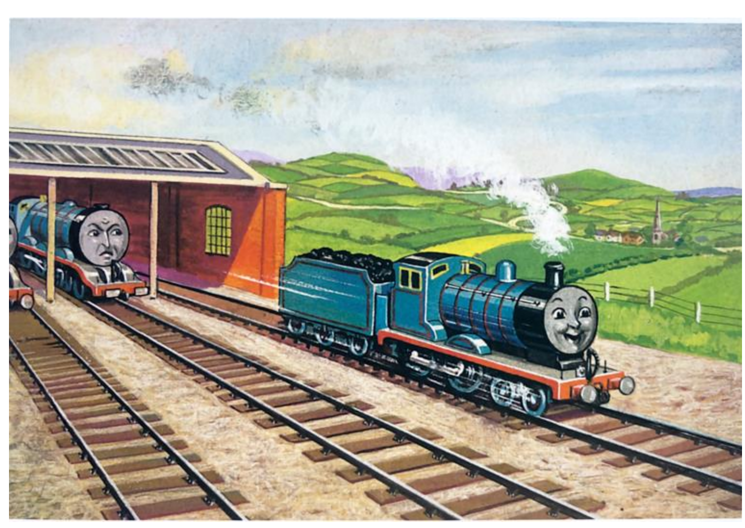


Justo después el Maquinista y el Fogonero llegaron para empezar a trabajar.

El Maquinista miró a Edward “¿Por qué estás triste?” preguntó. “¿Te gustaría salir hoy?”

“Sí, por favor” dijo Edward. Así el Fogonero prendió su fuego e hizo mucho vapor.

Entonces el Maquinista jaló la palanca y Edward partió resoplando.



“Pip, pip” silbó. “Mírenme ahora.” Las demás locomotoras estaban muy enojadas al ser dejadas atrás.

Edward partió para ir por unos vagones.

“Sé cuidadoso, Edward” dijeron los vagones, “no nos golpees o empujes como hacen las demás locomotoras.”

Así que Edward se acercó a los vagones,

muy, muy gentilmente, y el acoplador cerró el enganche.

"Gracias, Edward" dijeron los vagones. "Eso fue gentil, estamos felices de que nos tomes hoy."

Entonces fueron a la estación donde los pasajeros estaban esperando.

"Pip, pip" silbó Edward – "entren rápido, por favor."

Así que los pasajeros subieron al tren y Edward esperó felizmente a que el Guarda soplara su silbato y ondeara su bandera verde.





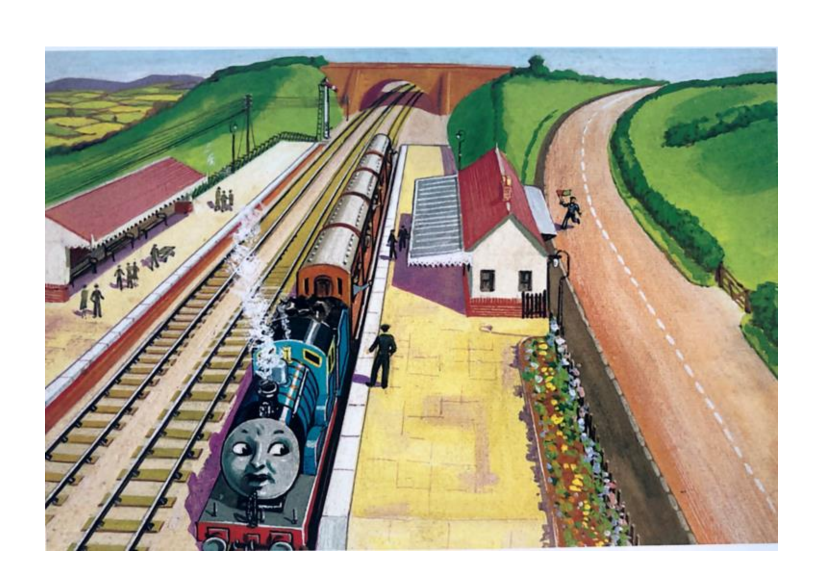
Esperó y esperó – no había ni silbato ni bandera verde. "Pip, pip, pip, pip – ¿dónde está el Guarda?" Edward estaba poniéndose nervioso.

El Maquinista y el Fogonero preguntaron al Jefe de Estación. "¿Ha visto al Guarda?" "No," respondió. Preguntaron al portero, "¿Ha visto al Guarda?" "Sí – ayer en la noche" dijo el portero.

Edward comenzó a enfadarse. "¿Será que algún día partiremos?" dijo.

Justo después un niño gritó "¡Ahí viene!" y ahí estaba el Guarda, corriendo colina abajo con sus banderas en una mano y un sándwich en la otra.

Corrió a la plataforma, sonó su silbato y saltó a su vagón.





Edward partió resoplando. Tuvo un día muy feliz. Todos los niños corrían para saludar mientras pasaba y se encontraba a viejos amigos en las estaciones. Trabajó tan duro que el Maquinista prometió sacarlo al día siguiente.

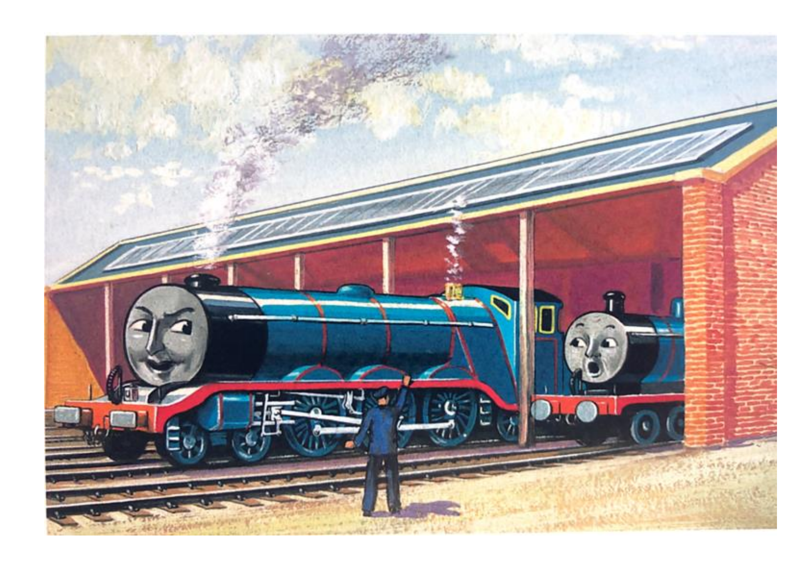
"Voy a salir de nuevo mañana" dijo esa noche a las demás locomotoras. "¿Qué les parece?" Pero no escuchó sus respuestas porque estaba tan cansado y feliz que se quedó dormido.

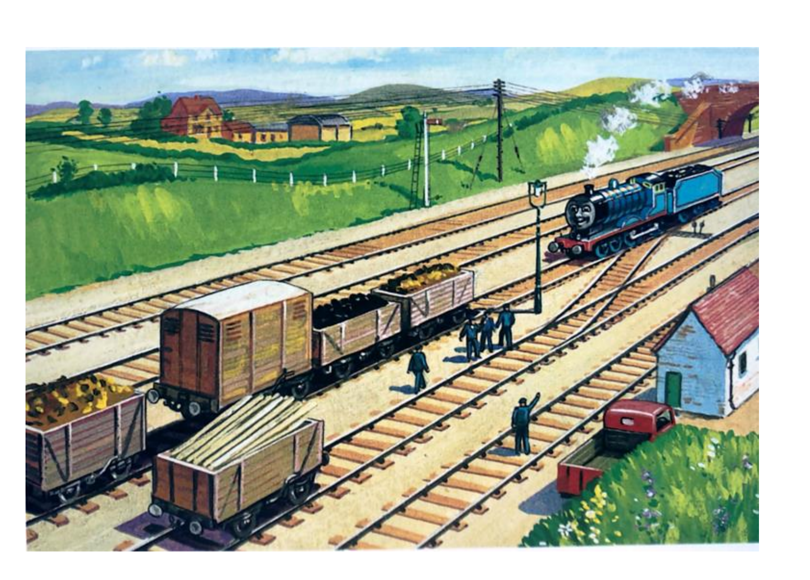
EDWARD Y GORDON

UNA de las locomotoras en el cobertizo de Edward se llamaba Gordon. Era muy grande y orgulloso.

"Obsérvame esta tarde, pequeño Edward" se jactó "cuando pase a toda velocidad con el expreso; esa será una espléndida vista para ti."

Justo entonces su Maquinista jaló la palanca. "¡Adiós, pequeño Edward" dijo Gordon, mientras resoplaba fuera del cobertizo "¡fíjate si me encuentras esta tarde!"





Edward partió también para hacer maniobras.

A Edward le gustaba hacer maniobras. Era divertido jugar con los furgones. Se acercaba silenciosamente y les daba un jalón.

"¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!" gritaban los furgones "¿Qué sucede?"

Entonces se detenía y los tontos furgones se golpeaban los unos contra otros. "¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!" se quejaban otra vez. Edward los empujó hasta que estuvieran corriendo bien, y cuando no se lo esperaban se detenía; pasando uno por uno a las otras vías. Edward jugó hasta que no quedaron furgones; después se detuvo para descansar.

De pronto escuchó un silbato. Gordon pasó resoplando, muy lentamente, y muy enfadado. En lugar de lindos y brillantes vagones estaba llevando un montón de sucios furgones de carbón.

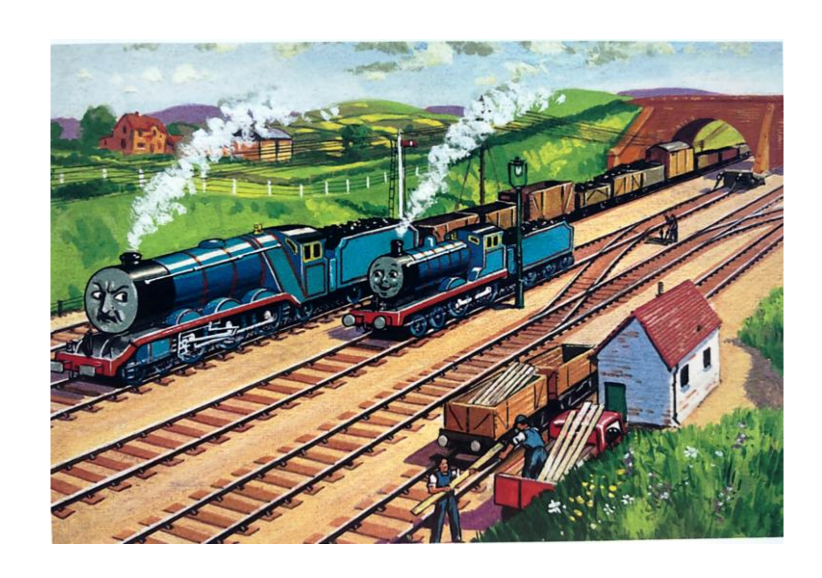
"¡Un tren de carga! ¡Un tren de carga! ¡Un tren de carga!" se quejaba. "¡Qué vergüenza, qué vergüenza, qué vergüenza!"

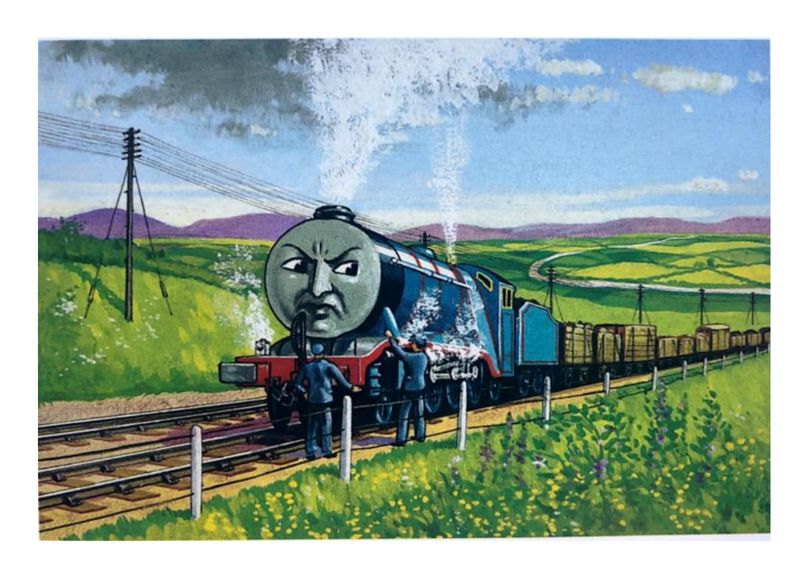
Avanzó lentamente con los furgones traqueteando y golpeándose detrás suya.

Edward se rió y fue a buscar más furgones.

Poco después un portero vino y habló con su Maquinista. “Gordon no puede subir la colina. ¿Podrías llevar a Edward y empujarlo, por favor?”

Encontraron a Gordon a la mitad de la colina y muy enojado. Su Maquinista y su Fogonero le estaban hablando severamente.





“¡No estás intentando!” le dijeron.

“No puedo hacerlo” dijo Gordon. “Los ruidosos furgones frenan el avance de una locomotora. Ahora, si fueran vagones – cosas limpias y sensibles que avanzan silenciosamente – eso sería diferente.”

El Maquinista de Edward subió. “Vinimos a empujar” dijo. “Es inútil” dijo Gordon.

“Espera y verás” dijo el Maquinista de Edward.

Llevaron el tren de vuelta al pie de la colina. Edward se puso detrás del furgón de cola listo para empujar.

“¡Pip, pip! ¡Estoy listo!” dijo Edward. “¡Pup, pup! ¡No saldrá bien! Refunfuñó Gordon. El Guarda sopló su silbato



y jalaron y empujaron tan fuerte como pudieron.

“No puedo hacerlo, no puedo hacerlo, no puedo hacerlo” resopló Gordon.

“Lo lograré, lo lograré, lo lograré” resopló Edward.

“No puedo hacerlo, lo lograré, no puedo hacerlo, lo lograré, no puedo hacerlo, lo lograré” resoplaban juntos.

Edward empujó y resopló y resopló y empujó tan fuerte como pudo y casi antes de que se diera cuenta, Gordon estaba en la





cima de la colina. “¡Lo logré! ¡Lo logré! ¡Lo logré!” dijo orgullosamente y olvidó por completo que Edward lo había empujado todo este tiempo. No esperó para decirle “Gracias”, en cambio corrió tan rápido que pasó dos estaciones antes de que su Maquinista pudiera detenerlo.

Edward había empujado tan duro que cuando llegó a la cima de la colina se había quedado sin aliento.

Gordon corrió tan rápido que dejó a Edward atrás.

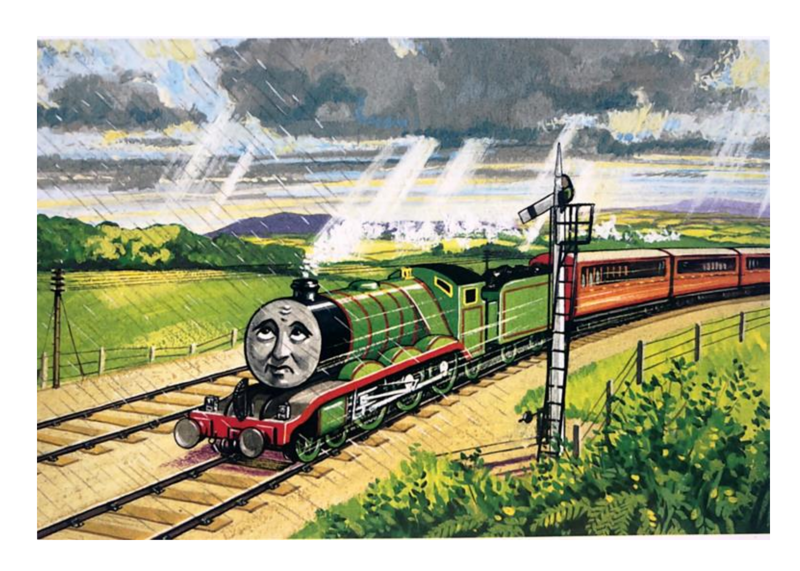
El Guarda agitaba los brazos sin parar, pero Edward no pudo alcanzarlos.

Llegó a la siguiente estación y su Maquinista y su Fogonero dijeron que estaban muy complacidos con él. El Fogonero le dio un largo trago de agua y el Maquinista le dijo: “Sacaré mis pinturas mañana y te daré una hermosa capa de pintura azul con franjas rojas, entonces serás la locomotora más elegante del cobertizo.”



LA TRISTE HISTORIA DE HENRY

UNA vez una locomotora
enganchada a un tren
Estaba asustada de unas
cuantas gotas de lluvia –
– Se escabulló en un túnel
y apretujó
su chimenea
Y nunca más volvió a salir.



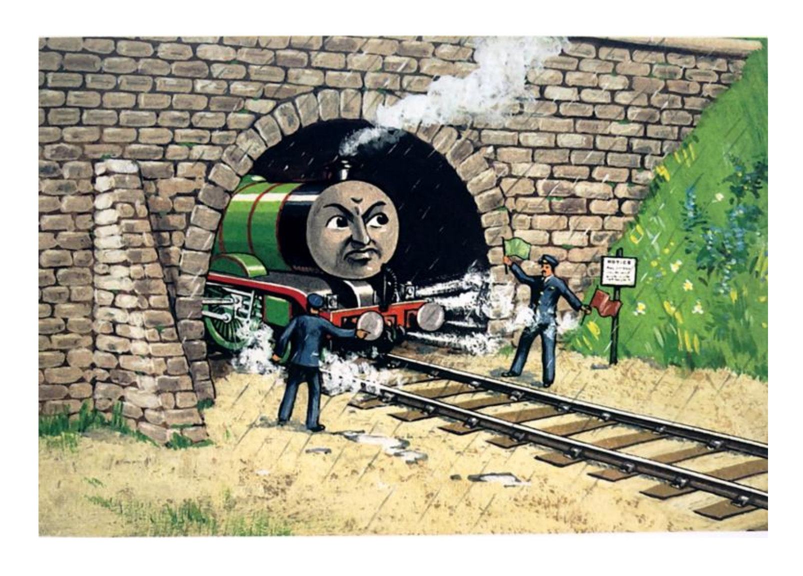
El nombre de la locomotora era Henry. Su Maquinista y su Fogonero discutieron con él



pero fue en vano. “La lluvia arruinará mi hermosa pintura verde con franjas rojas” decía.

El Guarda sopló su silbato hasta que se quedó sin aliento y ondeó sus banderas hasta que le dolieron los brazos; pero Henry aún seguía en el túnel y le echó vapor.

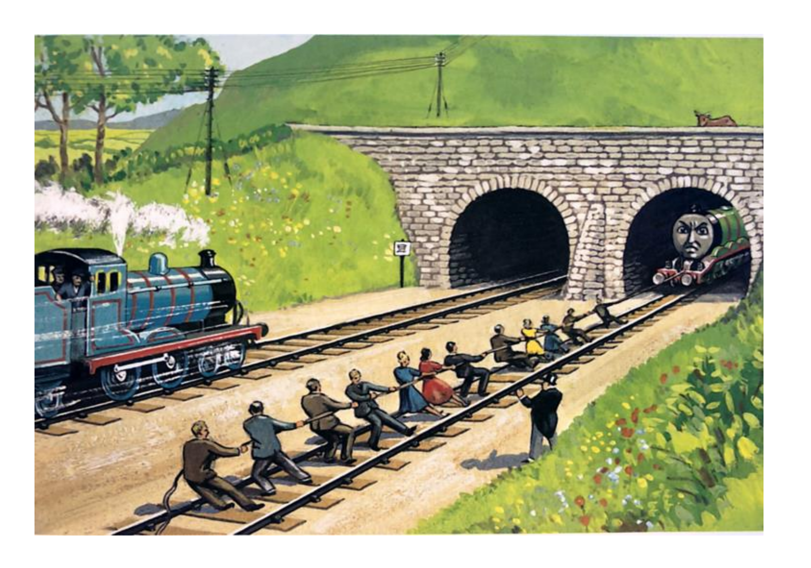
“No voy a arruinar mi hermosa pintura verde con franjas rojas por ti”



dijo groseramente.

Los pasajeros discutieron con él también, pero Henry seguía sin moverse.

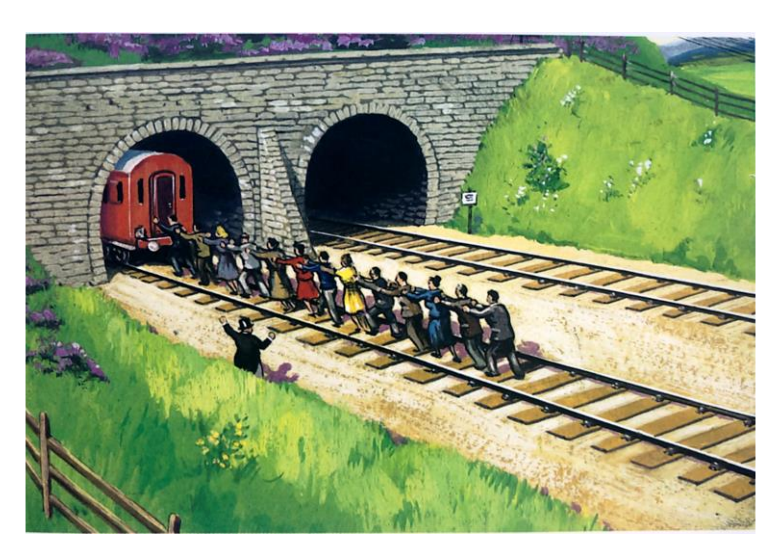
Un Director Gordo que estaba en el tren le dijo al Guarda que trajera una cuerda. “Te vamos a sacar” le dijo. Pero Henry solo le echó vapor y lo dejó empapado.



Ataron la cuerda y todos jalaron – excepto el Director Gordo. “Mi doctor me ha prohibido jalar” dijo.

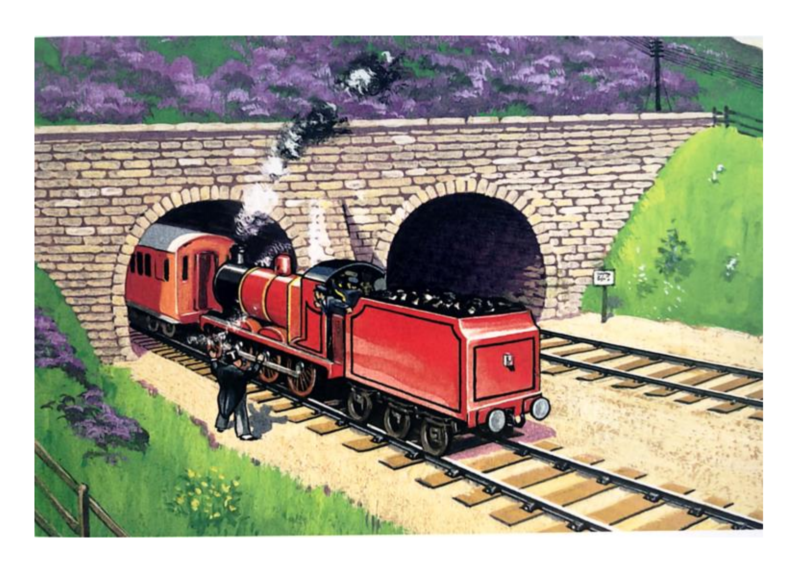
Jalaron y jalaron y jalaron, pero Henry seguía en el túnel.

Después intentaron empujar desde el otro lado. El Director Gordo dijo “¡Uno, dos, tres, empujen!” pero él no ayudó. “Mi doctor también me prohibió empujar” dijo.



Empujaron y empujaron y empujaron; pero Henry aun seguía en el túnel.

Al fin otro tren llegó. El Guarda ondeó su bandera roja y lo detuvo. Los dos Maquinistas, los dos Fogoneros y los dos Guardas discutieron con Henry. “Mira, ya dejó de llover” dijeron. “Sí, pero comenzará de nuevo pronto” dijo Henry. “¿Y qué pasará

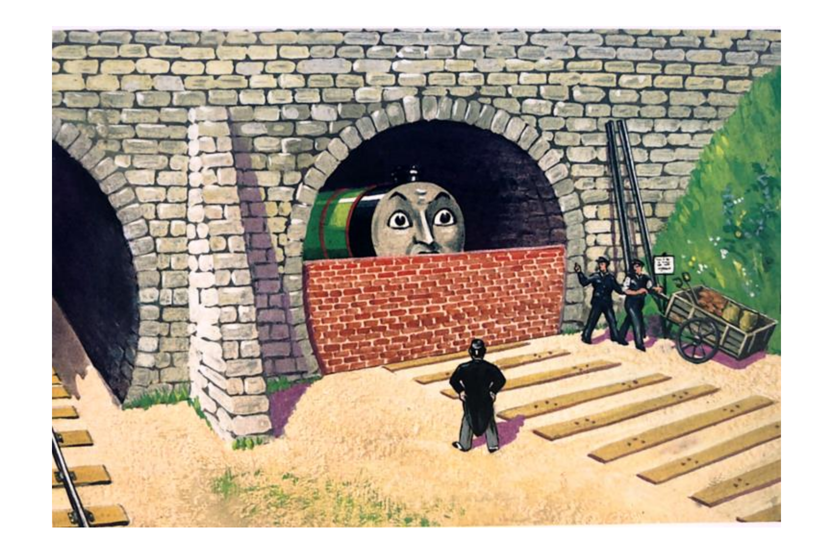


entonces con mi hermosa pintura verde con franjas rojas?”

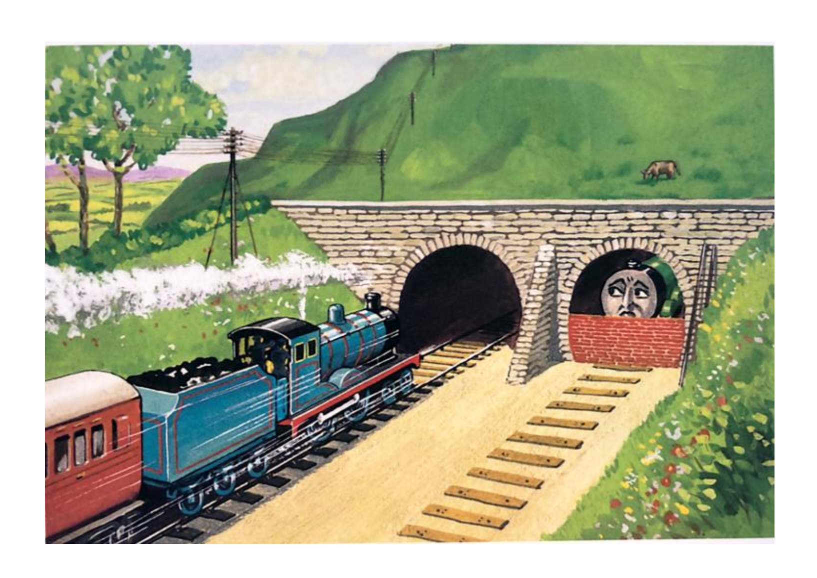
Así que trajeron a la otra locomotora y empujó y resopló y resopló y empujó tan fuerte como pudo. Pero aun así, Henry seguía en el túnel. Así que se rindieron. Le dijeron a Henry “Tendremos que dejarte ahí por siempre y para siempre.”

Quitaron los viejos rieles, construyeron un muro en frente de él e hicieron otro túnel.

Ahora Henry no puede salir y observa a los trenes pasando por el nuevo túnel. Está muy triste porque ahora nadie volverá a ver su pintura verde con franjas rojas. Pero yo creo que merece su castigo, ¿y ustedes?



EDWARD, GORDON Y HENRY



EDWARD y Gordon pasaban frecuentemente por el túnel donde Henry estaba encerrado.

Edward decía "¡Pip, pip! – ¡hola!" y Gordon decía "¡Pup pup pup! – ¡Te lo mereces!"

El pobre Henry no tenía vapor para responder, su fuego se había apagado; hollín y tierra del techo del túnel habían arruinado su hermosa pintura verde con franjas rojas. Tenía frío y estaba triste, quería salir y jalar trenes otra vez.

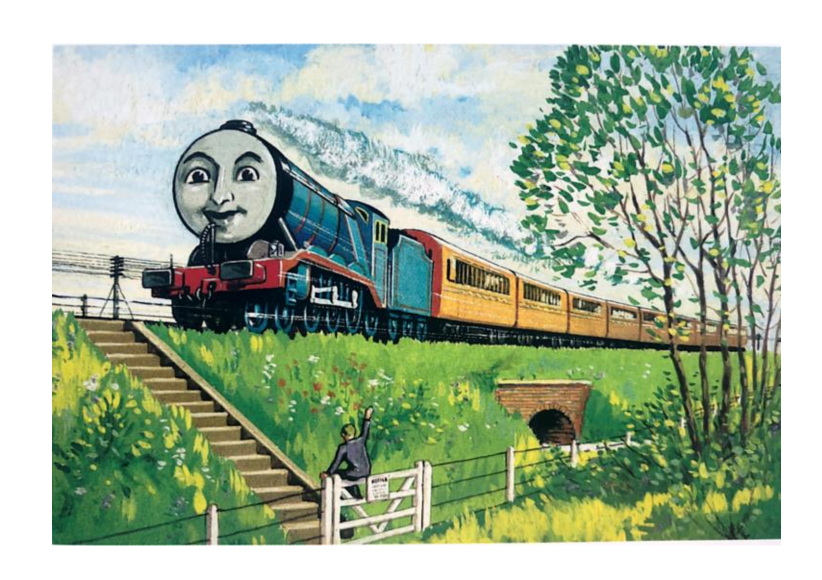
Gordon siempre jalaba el Expreso. Estaba orgulloso de ser la única locomotora lo suficientemente fuerte para hacerlo.

Había varios vagones pesados, llenos de gente importante como el Director Gordo que había castigado a Henry.

Gordon probaba qué tan rápido podía ir. "¡Rápido! ¡Rápido! ¡Rápido!" jadeó.

"Trickety-track, trickety-track, trickety-track" le seguían los vagones.

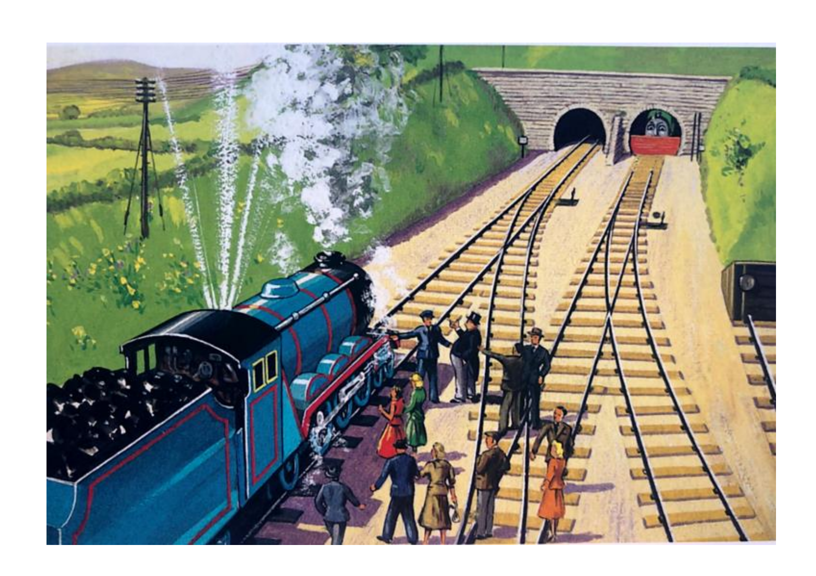
Gordon podía ver el Túnel de Henry en frente. "En un minuto" pensó "Le haré pup, pup, pup a Henry y pasaré a toda velocidad por el túnel."



Se acercó cada vez más y más – ya casi estaba allí, cuando de repente: "Whiiiii —— iiishshshhh" Gordon estaba en una nube de vapor e iba cada vez más y más lento.

Su Maquinista detuvo el tren "¿Qué me pasó?" preguntó Gordon "Me siento tan débil." "Te quemaste la válvula de seguridad" dijo el Maquinista. "No podrás seguir jalando el tren." "Oh Dios mío" dijo Gordon. "Estábamos yendo tan bien.... Y mira, Henry se está riendo de mí." Gordon le montó cara a Henry y le soltó vapor. Todos salieron y fueron a ver a Gordon.

"¡Humph! Dijo el Director Gordo. "Nunca me gustaron estas locomotoras grandes – siempre teniendo problemas; traigan a otra locomotora de una vez."



Mientras el Guarda iba a encontrar una locomotora desengancharon a Gordon y lo pusieron en una vía muerta fuera del camino.
La única locomotora que quedaba en el cobertizo era Edward.



"Iré a intentar" dijo.

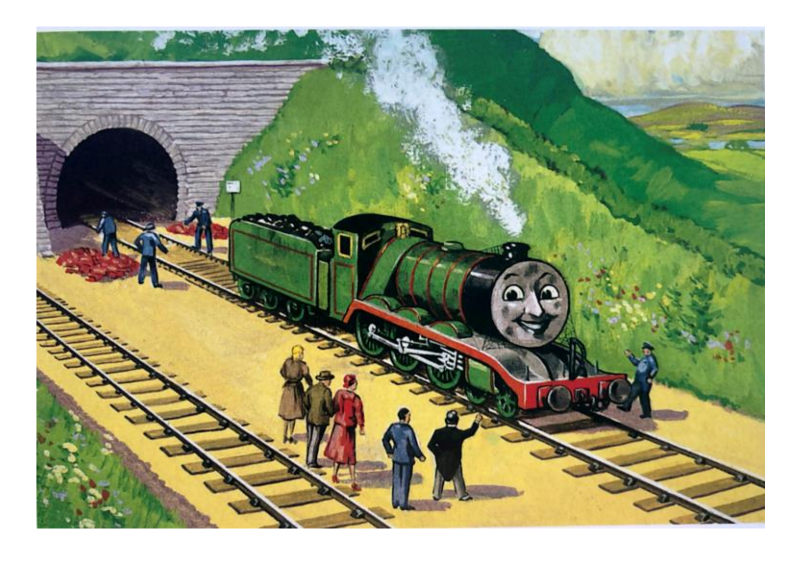
Gordon lo vio llegar. "No tiene caso" dijo, "Edward no puede jalar el tren."

Edward resopló y jaló y jaló y resopló, pero no pudo mover los pesados vagones.

"Se los dije" dijo Gordon groseramente. "¿Por qué no dejan a Henry intentar?" "Sí" dijo el Director Gordo "Lo haré."
"¿Nos ayudarías a jalar este tren, Henry?"
"Sí" dijo Henry de inmediato.

Así el Maquinista y Fogonero de Gordon prendieron su fuego; unos trabajadores quitaron el muro y pusieron los rieles de vuelta; y cuando tuvo suficiente vapor Henry resopló fuera.

Estaba sucio, su caldera estaba negra y cubierto de telarañas. "¡Ooh! ¡Estoy entumecido! ¡Ooh! ¡Estoy entumecido!" se quejó.



“Más vale que des una vuelta para aflojar tus articulaciones, y busca una plataforma giratoria” dijo el Director Gordo amablemente.

Henry regresó sintiéndose mejor y lo engancharon al frente. “Pip, pip” dijo Edward “Estoy listo.”

“Pip, pip, pip” dijo Henry “yo también.”

“Jala con fuerza; jala con fuerza; jala con fuerza” resopló Edward.

“Lo haremos; lo haremos; lo haremos” resopló Henry

“¡Jala con fuerza, lo haremos! ¡Jala con fuerza, lo haremos! ¡Jala con fuerza, lo haremos!” resoplaron juntos. Los pesados vagones se sacudieron y comenzaron a moverse, lento primero, después más y más rápido.

“¡Lo hicimos juntos! ¡Lo hicimos juntos! ¡Lo hicimos juntos!” dijeron Edward y Henry.





“¡Lo hicieron, hurra! ¡Lo hicieron, hurra! ¡Lo hicieron, hurra!” cantaban los vagones.

Todos los pasajeros estaban emocionados. El Director Gordo se asomó por la ventana para vitorear a Edward y Henry; pero el tren iba tan rápido que su sombrero voló a un prado donde una cabra se lo devoró para merendar.

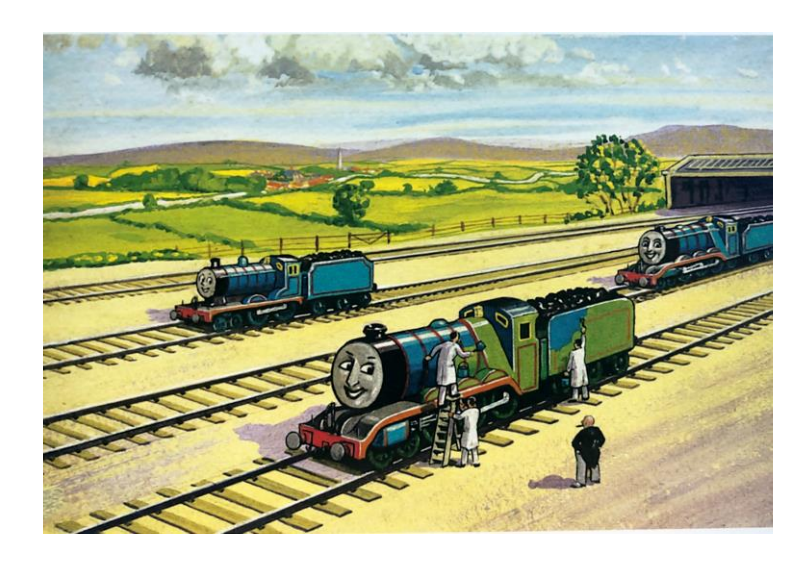
No se detuvieron hasta que llegaron a la Gran Estación al final de la línea.

Todos los pasajeros bajaron y dijeron "Gracias" y el Director Gordo le prometió a Henry una nueva capa de pintura.

"¿Te gustaría azul y rojo?"

"Sí, por favor" dijo Henry "así seré como Edward."

Edward y Henry fueron tranquilamente a casa y en su camino ayudaron a Gordon a regresar al cobertizo.



Ahora las tres locomotoras son grandes amigas.

Henry está muy contento con su nueva capa de pintura. Está muy orgulloso de ella, como todas las buenas locomotoras lo están – pero ahora no le molesta la lluvia, porque sabe que la mejor manera de mantener su pintura en buen estado no es escondiéndose en túneles, sino pidiéndole a su Maquinista que lo lustre cuando la jornada acaba.